

Key Bueno

38

La falsa moneda

Seudónimo: Regaliz

*El secreto de una buena vejez no es otra cosa
que un pacto honrado con la soledad.*

Gabriel García Márquez

Asunción, aunque apenas duerme, cada día se levanta ya bien entrada la mañana. El resto de la noche se limita a permanecer tumbada, con los ojos como platos, intentando dibujar los perfiles de las cosas, como si estuviese jugando a sacarle toda la luz posible a la oscuridad, y hasta tal punto acostumbra sus pupilas a ella que en ocasiones piensa que casi podría manejarse en la negra noche. Para qué levantarse antes, se dice, convencida de que cuanto antes eche los pies de la cama antes pasará de ser trasto inmóvil, como el cesto de los juguetes rotos, a estorbo móvil elevado a una potencia directamente proporcional al humor de los que la rodean.

Lleva ya veintidós años viuda pero solo ocho como la falsa moneda, de hijo en hijo, períodos de estancia rotativos de cuatro meses con cada uno, supone Asunción, que para que no se les haga tan pesada la carga de su presencia a sus nueras, aunque a veces el trato de sus hijos es incluso más displicente que el de sus nueras. No comprende por qué la consideran una carga si ella prácticamente no depende de nadie, a pesar de sus ochenta y tres años está bastante ágil, solo le ponen el plato en la mesa y le lavan las cuatro macanas que viste, aunque ha llegado a la sabia deducción que la carga no es el trabajo que genera su presencia sino su presencia misma. Que un viejo es de todas a todas un estorbo o un fastidio, por no decir un problema, sea como sea o se comporte como se comporte, lo tiene Asunción más que sabido y eso le acarrea en ocasiones pensamientos oscuros con los que amaga romper a llorar.

Aún recuerda la tarde de domingo en que sus cuatro hijos al unísono se presentaron en la vieja casa para darle noticia, habían pensado que estaría mejor en la Residencia Virgen de la Sierra, de la vecina localidad, allí estaría atendida como se merecía y conviviendo con gente de su edad. Ahora va para ocho años que se lo dijeron y no se le olvida la fecha, como si la tuviese grabada en la memoria a sangre y fuego. No paraban de adularla y de decirle lo requetebién que iba a estar, con esas fastuosas vistas al campo, un equipo médico y otro de cuidadoras

Oliver Nogales

para cuando los necesitase, que ojalá no fuese nunca, sin olvidar, por supuesto, que ellos no dejarían de visitarla todas las semanas. Pero Asunción le plantó cara y con el rostro de solemnidad que el asunto requería, les dijo que tenían razón, pero que ella no se iba de su casa, de su barrio, de su pueblo, mientras ella estuviese en pleno uso de sus facultades mentales, que con su pensión y los pocos ahorros que su Pepe y ella habían conseguido reunir tenía más que suficiente para hacer frente a los gastos que generase su cuidado y su manutención sin salirse de su casa los pocos años que le quedasen de vida, pero que ella no se iba de su pueblo como no fuese con los pies por delante. Nueras e hijos empezaron a murmurar escandalizados que aquello era un disparate, que costaría una fortuna —como si fuese a salir de sus bolsillos—, y fue entonces cuando decidieron lo de las temporadas de meses alternos, tres meses cada hijo, abonando Asunción, claro está, a la nuera a cargo una cantidad mensual previamente estipulada por los gastos ocasionados.

No obstante desde que su difunto esposo pasó a mejor vida, así lo cree ella, se siente más sola que la una. Sabe perfectamente que no estar sola no es estar rodeado de gente, sino tener a alguien con el que poder sentarte un rato y poder referirle tus cosas por banales o insustanciales que parezcan. Fue aquella fatídica noche en que después de regresar de la boda de un sobrino político, se le metió a su Pepe un dolor como de alfileres en el pecho y un resquemor en la garganta como de cien candelas ardiéndole por dentro que no lo dejaba respirar, hasta el punto que apenas en dos horas ya lo tenía de cuerpo presente ataviado con el traje de novio.

Ahora Asunción escucha todos y cada uno de los sonidos que habitan la madrugada: el chirriar de cualquier puerta, el runruno del frigorífico, el rítmico ronquido de su hijo y el opaco taconeo de la encantadora joven del segundo cuando sube las escaleras a altas horas de la madrugada. Pero también presta atención al interior de su persona, tratando de descubrir algún acorde desafinado que evidencie un fallo en la maquinaria. Solo cuando el primer haz luz osa traspasar el umbral de la persiana, anunciándole que ha sobrevivido a otra noche más, Asunción deja escapar un suspiro, quien sabe si de consuelo o desencanto. Apenas en unos minutos sonará el despertador y comenzará todo el trajín en la casa, ella entonces cerrará los

ojos y se hará la dormida, y su nuera farfullará entre dientes *luego dice que no pega ojo*. Y allí, arrebujada bajo el calor que la manta le ofrece, permanece de ordinario hasta las diez de la mañana, poco más o menos, que es concretamente la hora en que su nuera se marcha al mercado a hacer la compra o sale a cualquier gestión, aprovecha entonces su ausencia para vestirse, echarse un par de almorzadas de agua en la cara y peinarse ese pelo cano cortado a lo garzón. Mete un vaso de leche en el microondas, un minuto, no más, que se le va y por muy bien que lo limpie luego tiene que escuchar la retahíla de su nuera relatando aunque no se dirija a ella directamente, se toma la pastilla de calcio, se arma de su muleta y un bolsito de hule y se marcha a toda prisa a su casa, a su vieja pero verdadera casa, a unas tres manzanas del piso de su hijo, donde pasa la mayor parte del día, aunque luego para almorzar regrese de nuevo al piso.

Cuando llega a su casa, nada más abrir la puerta le viene el olor a aire estancado, a frialdad, a madera añeja y a polilla, pero también se le vienen a la memoria tiempos pretéritos y recuerdos viejos. Lo primero que hace es subir las escaleras y dirigirse a lo que fue siempre su dormitorio para abrir las puertas del balcón y que el nuevo día inunde de pureza la estancia. Luego cualquier cosa es buena para entretenerse: reordenar las arcas y los baúles, colocar las bolitas de alcanfor, acariciar la ropa, y mientras acaricia la ropa pareciera que acariciara esquivras de un tiempo que se marchó, como su Pepe, para siempre. O bien sube a la tercera planta, donde están el desván y la azotea, riega las macetas, les quita las hojas secas, trasplanta cualquiera que a ella se le antoja. O bien blanquea cualquier bajera deteriorada o desconchón. En una casa siempre hay cosas que hacer, suele decir.

Es una casa estrecha de tres plantas ubicada en *el barrio*, así se le llama a esa manzana del pueblo, casi en el extrarradio, allí donde *campo y pueblo se dan la mano* y los vecinos son como de la familia o incluso más en ocasiones. Una casa que *impermeable al paso de los años*, permanece intacta a como estaba antaño, y Asunción, como parte de un decorado que alguien se olvidó retirar, se resiste a abandonarla. Es como si Asunción mirara sus adentros y sin poder evitarlo recordara pequeñas historias de una vida que empieza a extinguirse. Abre un viejo arcón con la ropa de su hijo Ángel cuando pequeño que desprende una tufarada a

naftalina y alcanfor, y a la memoria de Asunción se le vienen unos recuerdos que hacen acto de presencia con un laconismo que a esa edad parece tan triste como inevitable. Al acariciar las enormes talegas de tela blanca, ya pálidas por el paso del tiempo, recuerda cuando su Ángel estudiaba en el Seminario, eran esas talegas las que servían para llevar la ropa limpia y traer la sucia. Les costó mucho sacrificio pero ellos querían que sus hijos estudiaran, que se supieran explicar el día de mañana y no les pasara lo que a ellos, unos analfabetos, con vergüenza, pero analfabetos. A este respecto siempre estuvieron su Pepe y ella al unísono.

En esta pequeña casa vieron la luz sus cuatro hijos de manos de Cecilia, la partera del pueblo, y allí ha vivido siempre hasta que sus hijos se empeñaron en que no pernoctara sola. Ahora le toca el turno a su hijo Manuel, que habilitó el cuarto de su hija Andrea de otra media cama y ordenó a Andrea que dejara libre una puerta del armario. Si alguien le preguntara por qué vuelve a diario a su casa, quizás no sabría qué responder, porque la verdad es que no solo lo hace por huir del piso de su hijo, donde se siente un estorbo, sino porque allí, en su casa, es como si ella retomara el timón de su vida, hace lo que quiere, que siempre es lo mismo, reordenar la ropa de sus hijos o sentarse tranquilamente en su mecedora, fiel compañera con la que comparte los pensamientos más entrañables, y no hay quien le rechiste. Y ambas cosas parecen transportarla a otro tiempo, porque para ella cualquier tiempo pasado siempre fue mejor. A ella no le gusta, como a otros ancianos sentarse en el parque, donde se marchitan en secreto, ni acercarse al hogar del pensionista, ni empeñar la mañana en un banco de la parada de autobuses. Sí le gusta en cambio pasear algunas mañanas por el mercado de abastos, pero nada le atrae tanto como abrir el arcón y sacar la ropa de sus hijos, llevársela hasta la cara, olerla, rozarla con el rostro mientras sabe dios en qué lugar o momento tiene puesta la imaginación, como hechizada por el acorde de una maravillosa sinfonía, y luego, una vez regresa a esta realidad dolorosa en la que no cabe pensar más que en un futuro inmediato, la muerte, la vuelve a colocar muy bien dobladita en el viejo arcón.

A veces piensa en la muerte como quien observa un catálogo, un muestrario en el que no sabe cuál le tocará a ella, pero lo que sí tiene bien claro es que morir de viejo no es una muerte apetecible, aunque bien es verdad que le queda el consuelo de que sea cual sea la enfermedad

que le toque en suerte, dada su edad, no puede ensañarse demasiado tiempo con ella. En ocasiones se asombra de que a pesar de su edad, su interior aún no le haya mostrado ningún indicio de muerte, cuando a la mayoría de los conocidos de su edad ya le ha dado algún que otro aviso. Ella en cambio se limita a arrugarse como una uva pasa, a consumirse sin hacer ruido como los racimos de uvas que ella mismo colgaba de las alcayatas clavadas en las riostras de madera del desván para la noche de fin de año. Qué mal habrá cometido ella, se pregunta en más de una ocasión, para que se le castigue con una muerte ya de tan mayor, porque morir de viejo es la forma más dolorosa de abandonar este mundo, ya que se siente el desamor de lo que uno más quiere, de su propia carne, de su misma sangre. No se cansa de repetir que se debiera vivir mientras se es querido por los propios, ni un día más.

Asunción pasa horas enteras sentada en el primer portal de la casa en esa vieja mecedora a la que también le crujen ya los huesos cuando la acuna y la mece y se abandona a sus pensamientos, mientras los rayos de sol enmielan la estancia y calientan su regazo como azalea de lana dejada caer sobre sus piernas, los labios se le abarquillan dibujando una sonrisa de dicha. Luego por la tarde, cuando regresa de almorzar del piso de su hijo, como el sol ya no da en esta acera de la calle, suele echar la tarde con la vecina Macu, una chica inválida de nacimiento que pasa el día viendo la tele en una mesa camilla al consuelo de un brasero eléctrico. Prefiere su compañía y enfrentarse al frío de la calle durante el camino de vuelta antes que soportar el silencio de los suyos que es como gritos de desaire. Hay veces que se hace tarde y tiene que acelerar el paso para no llegar tarde al almuerzo. Desde que vive con sus hijos, tiene calculado cabalmente el tiempo de regreso a cada casa con el objeto de que no la tengan que esperar para comer. Aunque nadie le ha dicho que tenga que llegar a una hora concreta, Asunción no quiere caer en falta. Está casi segura de que si algún día no lo consiguiese, aprovecharían para reprochárselo.

Hoy, precisamente hoy, se ha entretenido en demasía con una vecina de toda la vida que hacía tiempo que no saludaba interesándose por su salud y la de sus hijos y por primera vez teme no poder llegar a tiempo. Tanto acelera el paso que siente cómo el corazón se le encabrita en el pecho. Mira el reloj e imagina cómo en ese preciso instante su nuera debe estar extendiendo el

mantel sobre la mesa del comedor, sorprendida de que ella no se encuentre en su silla, dispuesta a estirar la tela por su extremo en un gesto de paz y complicidad que ella siempre ignora. Jadeante, Asunción enfila la calle que desemboca en la plazuela donde vive su hijo algo aturdida, imaginando que cada latido de su corazón desbocado es una puñalada que nace de la boca de su nuera. Llama al timbre, porque aunque tiene llaves por si cualquier día no están en casa, su hijo le advirtió que antes de abrir llamase y solo abriese en el caso de que no hubiese nadie. Con la tregua que le concede la espera puede recuperar un poco el aliento. Su vista se torna borrosa por unos instantes, siente una punzada lacerante en el pecho. Se apoya contra la pared para no caer, se lleva la mano al corazón y lo siente debatirse agitado contra la palma de su mano. Con más aturdimiento que miedo, se pregunta si está sufriendo uno de esos infartos que en ocasiones tanto anhela, pero nada ocurre. Todo queda en un susto. No ha sido ningún infarto, se dice no muy convencida, solo que ya no está una para esos trotes, ha sido tan solo la reacción lógica de una naturaleza agotada al ser sometida a un gran esfuerzo. Andrea le abre la puerta y con el paso todavía un tanto tembloroso, se encamina a su lugar en la mesa, musita un saludo que nadie oye, quizás debido al volumen atronador del televisor, eso quiere pensar ella. La familia estaba ya estaba sentada a la mesa pero por primera vez desde que vive allí, Asunción, no baja sumisamente la cabeza sino que los mira directamente a los ojos, desafiante. Turbada por su inesperada actitud, la nuera no dice nada, se limita a sentarse y refunfuñando algo entre dientes empieza a tomarse la sopa. Asunción hace lo propio, prorrogando ese duelo silencioso en el que llevan afanados tantos años, sin que el resto de la familia haya dado nunca muestras de haberse percatado de ello. Entre cucharada y cucharada, Asunción los observa, intentando comprender cómo es posible que pueda sentirse tan ajena a ellos si todos son brotes de la misma cepa. El niño es la única alegría que a Asunción le ha deparado su encierro en aquella casa. Con apenas seis años recién cumplidos, su nieto destila todavía ese aire de criatura mágica, de híbrido entre persona y duende que irradian los niños. Asunción lo contempla con ternura, preguntándose cuánto tardará en dedicarle el mismo desdén que le profesan los demás.

La comida concluye, disolviendo a la familia. Asunción se sienta en el butacón que le han

reservado en una esquina de la salita, desde donde apenas hay ángulo para ver la televisión, así que al no poder estar pendiente de la emisión se dedica a espiar los movimientos de cada uno hasta que su nieto la reclama tomándole la mano, para guiarla como un lazarillo hasta la mesa del comedor.

—¿Tú cuándo te vas a morir, abuela? —se interesa de repente el niño. Sorprendida por su pregunta, Asunción lo contempla sacarle punta al lápiz sin saber qué responder.

—Aún no lo he decidido, hijo mío —dice al fin—, pero ya va siendo hora.

—Y cuando te mueras, ¿me seguirás ayudando con las tareas?

—Pues claro que te seguiré ayudando —le responde Asunción, mientras le acaricia dulcemente el pelo, fascinada por la visión que de la muerte se tiene a esas edades, cuando uno cree que el mundo en el que ha nacido es inalterable, cuando aún no sabe que vivir consiste en ir perdiendo cosas.

Su nieto ha acabado de sacarle punta al lápiz y Asunción le ayuda a acomodárselo entre los dedos mientras piensa que quizá el motivo por el cual se siente tan unido a él sea el hecho mismo de que ninguno de los dos le tenga miedo a la muerte: su nieto porque, como todos los niños, se considera inmortal, aún no sabe que puede morir, y ella porque sospecha que dejó de vivir hace mucho, lo cual la acerca bastante a la muerte. Sin dejar de atender a su nieto, observa a su nieta garabatear en su cuaderno, enfrascada en una tarea que, a juzgar por las continuas tachaduras y resoplidos que de vez en cuando emite, se le hace muy cuesta arriba.

Un nuevo latigazo le sacude el pecho. Sin decir palabra se pone en pie y se apresura hacia su habitación. Desde la cocina, su nuera la observa con sorpresa culebrear hasta su habitación, pero no se rebaja a preguntarle por el motivo de sus prisas, y por una vez, Asunción agradece la indiferencia que le profesa. Una vez en su cuarto, cierra la puerta tras de sí y deja escapar un gemido de dolor. Tras unos minutos de reposo y con el paso aún tembloroso, se acerca a la mesilla que hay junto al lecho y abre uno de sus cajones. Extrae de su interior una caja de latón comida por el óxido que una vez contuvo carne membrillo y que ahora acoge las escasas posesiones de Asunción: unos liotes con los billetes ahorrados de su pensión, una empanadilla

de documentos que parecen haber sobrevivido a un naufragio, una bolsita con un pegajoso surtido de caramelos mentolados en su interior, varias llaves que ya nada abren y una foto amarillenta que rescata con sumo cuidado. Asunción observa la foto con cariño. Le sobreviene entonces la certidumbre de que una vez fue hermosa y dichosa. En ella, Pepe, su marido, sentado junto a ella en un banco del parque. A Asunción se le dulcifica la expresión cuando desliza sus dedos por el rostro sonriente de aquel hombre del que desde su adolescencia quedó atrapada para siempre, ajena a la conjura del tiempo que acabaría con aquella sonrisa encerrada en una caja, igual que los gusanos de seda de su nieto.

Poco después hace acto de presencia en la habitación su nieto que posiblemente la haya echado en falta, pero su compañía no le molesta sino que por el contrario le agrada. Al cabo de unos minutos entra Andrea en el dormitorio, Asunción la observa trastear en sus cajones, probablemente buscando algún cigarrillo de esos que dejan el baño envuelto en efluvios de rubio americano. Se levanta del borde de la cama donde se había acomodado con la intención de advertirla quizás de los peligros del tabaco, pero descubre que apenas puede proferir un débil quejido antes de notar cómo se le rompe el pecho. Ahora un dolor intenso, devastador, le baja súbitamente por el brazo izquierdo y se derrumba sobre la cama. El dormitorio, de repente, se oscurece, como si alguien hubiese apagado todas las luces de la casa. No comprende qué le ocurre, mientras nota cómo un frío atroz empieza a envolverla. Trata de orientarse entre la bruma que la rodea, pero el cuerpo no le responde. Entonces, como en un sueño, nota cómo la mano de su nieto aprieta la suya, ella se imagina estar en su butacón, pero no puede ser, y en un raptó de lucidez, antes de volver a sumergirse en la oscuridad, Asunción comprende que el lugar donde descansa no es su butacón sino una camilla.

Cuando vuelve a emerger de ese profundo sueño, se descubre tumbada en la cama de un hospital, rodeada por su familia. Junto a ella hay una máquina semejante a un televisor, en cuya pantalla se quiebra una línea verde. Su hijo se inclina sobre ella con su invencible expresión de disgusto. Tras un largo escrutinio lo ve asentir en señal de aprobación, aunque no sabe si se alegra de su vuelta o de no tener que enfrentarse el engorroso papeleo de las funerarias. Luego lo observa salir al pasillo, arrastrando la maldición de su crónico mal

humor, para reunirse con el médico. Junto a la cama, como pajes sin cometido, quedan sus dos nietos y su nuera. Asunción se alegra de ver al niño, pero la presencia de su nuera le quema un tanto por dentro.

—¿Cómo es la muerte, abuela? —le pregunta de repente el nieto.

—Morir es como si te encerrasen en un oscuro armario para siempre —responde Asunción, armándose de valor, como si el roce con la muerte le hubiese otorgado un desconocido coraje, no obstante deja escapar un suspiro intentando templar su voz—. Ya nadie puede hablar contigo, por muchas cosas que se te hayan quedado por decir o alguien tenga que decirte. Lo que sí hay que procurar es morir lo más a tiempo posible, ni muy pronto, si no te perderás todo lo que tiene que pasarte, ni tampoco muy mayor, pues si mueres muy mayor nadie te echará de menos ya que están cansados de ti y entonces sí que has muerto de verdad y para siempre.

—Pero entonces, abuela, ¿la muerte no es para siempre? —pregunta el nieto intrigado.

—Depende hijo mío, porque hay dos muertes, sabes pequeño, la física que es solo de apariencia y de la que se vuelve cada vez que alguien te recuerda, y la muerte real o verdadera, que es la más triste, que es cuando ya nadie se acuerda de ti.

—Pero abuela, yo sí que te echaría de menos si murieras y entonces tú sólo habrías muerto de mentira, ¿verdad?

—Tú sí, pero quizás otros muchos no.

Por un momento cree entrever una fisura en la compacta impasibilidad de su nuera, pero no tarda en recomponer su máscara hostil. Le pareció verla entreabrir los labios como queriéndole decir algo para enseguida volver a cerrarlos, volviendo finalmente a sumergirse en su hosca impavidez. Asunción continúa sujetándole la mirada, satisfecha de haber podido escupir esas palabras, por mucho que sepa que nada cambiará entre ellos, que ella volverá a perder ese coraje que ahora la enciende y nunca más se atreverá a hablar así. Siente cómo la vista se le nubla por el esfuerzo y al borde del desmayo dirige su mirada hacia el niño, poniendo fin al duelo que ha sostenido con su nuera. A duras penas logra componer una sonrisa tranquilizadora para su nieto que lo mira sin pestañear, y mientras de soslayo espía

cómo su nuera se aleja de su cama en silencio, nota como la mano de su nieto se posa con la delicadeza de un jilguero sobre la suya y trenza una especie de nudo capaz de vencer las fronteras que marca la existencia. Entonces Asunción cierra los ojos, para ocultar sus lágrimas y con la foto amarillenta presa en el puño de la otra mano, la misma foto que siempre ha guardado en una caja de carne membrillo, se deja ir en paz, inmóvil, sosegada y serena, como si estuviese echando la siesta en la vieja mecedora de madera y anea a la que como a ella le castañetean los huesos, o como si estuviese percibiendo esa fragante paz que emitía el chorro de agua de la pila cuando con sus manos y sus nudillos restregaba la ropa de su hijo Ángel contra la losa de madera en la pila, para dejarla tan blanca como la cal que el abuelo enhornaba en la calera, o como si estuviese macerando ese pan de higo que solía hacer con su ajonjolí, su canela y su poquito de aguardiente, o como si del brazo de su marido estuviese en la Romería de San Pedro escuchando la palabrería del avellanero con su cesta engalanada de lazos granate y oro, o la del barquillero con sus barquillos de canela, o como si simplemente acariciara con su rostro la ropa del viejo arcón... Una línea recta en la pantalla y un pitido continuo que emerge de ella rubrican que Asunción se ha quedado dormida para siempre, pero con una dulce sonrisa dibujada en los labios como si hubiese iniciado una larga singladura por las estrellas en busca de su querido Pepe.